



Tubo de ensayo
Thierry Ways

La vorágine en la ONU

El discurso del presidente Petro en la ONU dividió al país en dos bandos. Al resto del mundo no lo dividió, pues el mundo no suele pararle bolas a los discursos en la ONU. Pero en Colombia hubo, por un lado, quienes escucharon una disertación para la historia, preñada de verdad y de poesía. Y, por el otro, quienes oyeron un batiburrillo ideológico, recargado de extravagantes conclusiones, expresadas en una retórica que rivaliza con el himno nacional. Como dice la oda patriótica, en el país “no saben / las almas ni los ojos / si admiración o espanto / sentir o padecer”.

Comencemos por decir que hizo bien el Presidente en poner el acento sobre la defensa del Amazonas, tema con el que arrancó su intervención. Pero a partir de ahí, como quien se adentra en la vorágine de la selva, las cosas se fueron enmarañando.

Lo más desacertado, me parece, fue la igualación moral de la cocaína con el carbón y el petróleo. Sí, es innegable que la quema de combustibles fósiles ha afectado la atmósfera del planeta y debemos reemplazar esas sustancias en la matriz energética global. Pero no es menos cierto que todo lo que vemos a nuestro alrededor, todo lo que podríamos llamar modernidad -incluyendo bienes intangibles como la salud y la educación-, es producto de la transformación del mundo gracias a fuentes de energía que, desde la Revolución industrial, se obtienen principalmente de la combustión de hidrocarburos. Es más, si queremos dar el salto a la siguiente etapa de la civilización, tenemos que aceptar la realidad compleja de que la energía fósil seguirá siendo necesaria por varias décadas, tanto como combustible ‘puente’ o de respaldo -el gas natural, por ejemplo- como para llevar a cabo la transición energética en sí. Pues, ¿con qué energías sino las actuales vamos a fabricar y transportar los paneles solares y turbinas eólicas y cables y motores y baterías que se necesitan para descarbonizar el planeta?

Los combustibles fósiles son el gran problema del siglo, pero también son la base del mundo moderno; por eso son difíciles de reemplazar. Y por eso es absurdo compararlos con la cocaína, sustancia sin mayores beneficios para el organismo, que yo sepa, y tampoco necesaria para subsistir.

Otros elementos del discurso fueron ya no imprecisos, sino resueltamente extraños. La tesis, por ejemplo, según la cual la gente emigra a los países del norte en busca de agua, y no de mejores condiciones económicas. La insinuación de que las políticas de inmigración de esos países son peores que el nazismo: cinco veces más graves, para ser exactos. La insistencia en que la destrucción de la selva es consecuencia de la aspersión con glifosato y no de factores más directos, como la deforestación causada por la producción de cocaína, las malas prácticas ganaderas y la minería ilegal, esta última incentivada, como señaló Mauricio Vargas la semana pasada, por las prohibiciones a la minería legal que el mismo gobierno de Petro parece defender. Y, finalmente, la invitación a Rusia y Ucrania a “hacer la paz”, en lugar de invitar a Rusia, la invasora, a largarse de donde nadie la ha convidado.

Lástima que estos enunciados y la equivalencia efectista entre energía y cocaína enmarañaran su discurso, pues Petro traía dos mensajes importantes. Primero, no es descabellada su propuesta de que los países ricos condonen deuda como contraprestación a la conservación de la selva, una tarea que cuesta dinero y que, al fin y al cabo, beneficia a todo el planeta. Segundo, es menester seguir repitiendo que la guerra contra las drogas ha sido un sangriento fracaso. Colombia puede y debe liderar el empujón para que el mundo cambie esa política ilógica. En esos dos puntos, el Presidente tiene razón.

“

A pesar de lo enmarañado del discurso, Petro tenía dos mensajes importantes.